Mi pequeño naranjal de Gaza

POR SHEIK SOLEIMAN EL FAWAZ

NOTA DEL EDITOR: El presente opúsculo, es una narración encontrada en el diario N°35 del Movimiento Poalesionista de Chile del 08 de agosto de 1956. Si bien es difícil de corroborar su veracidad, el texto promueve un punto de vista favorable al sionismo revisionista. Su intención propagandística queda clara a cincuenta años, al momento de ver las atrocidades cometidas por el ejército de la entidad sionista hoy a dos años del 07 de Octubre de 2023, cuando la tierra que en estas líneas se narran, fueron bombardeadas hasta causar más de 66.000 víctimas, destruyendo la vida de los naranjales y los gazatíes.

La región de Gaza sobre el Mediterráneo Oriental, ocupada por Egipto desde el establecimiento del Estado de Israel, constituye el polvorín actual del Cercano Oriente y diariamente aparece en la crónica informativa. En nombre de su población, y los intereses naturales de sus humildes campesinos, suelen hablar los delegados de la potencia ocupante a las conferencias internacionales que discuten la gravedad de la situación. Soleiman El Fawaz nació en Gaza, y nunca se movió del lugar. En este colorido relato de su vida y la de sus familiares, vemos pasar por Gaza a los invasores turcos, ingleses y egipcios, y comprendemos que, por encima de los problemas estratégicos y políticos, es necesario escuchar a aquellos que en conjunto buscan afanosamente un entendimiento: la población de Israel y la población de Gaza.

POR CIERTO QUE ERA PEQUEÑO MI NARANJAL, ya que se extendía apenas sobre dos dúnames de tierra, pero era mi naranjal, y bien hermoso. Sus frutos de oro constituían mi orgullo y el de mi familia. Situado a algunos centenares de metros de la línea férrea El Cairo-Haifa, se encuentra sólo a un cuarto de hora de camino del pequeño puerto de Gaza, donde he nacido y donde han visto el día mis padres y mis antepasadsos, desde hace muchas generaciones.

Las naranjas de Gaza son famosas en toda la región. Cuido mi propiedad con amor, ya que he heredado este trozo de tierra de mi padre, que vivió bajo los turcos. Vivió mal, a pesar de la amistad que el Mutassarif de la ciudad decía profesarle. Este aplicaba rigurosamente el castigo de Kurbach, lo que era un honor para los turcos cuando trataban a los árabes, pero mi padre no sufrió jamás el ultraje.

A los 10 años de edad vi al primer soldado inglés. Supe entonces que era nuestro nuevo dueño. En cuanto al turco, mis recuerdos ya eran muy difusos, y pronto se borraron del todo.

A la muerte de mi padre, su bayara, de la cual se encontraba tan orgulloso, fue distribuida entre todos nosotros, mi madre, mis dos hermanas, mis hermanos y yo. Éramos una familia numerosa. A los varones, les

correspondieron dos dúnames a cada uno, y sólo la mitad a las muchachas, de acuerdo con la ley del Corán. Echamos la suerte sobre la ubicación de cada parcela, y cuando alcancé la mayoría de edad pasé a ocupar mi parte. Sin embargo, mi madre no se mostraba muy contenta de ver dividida la hermosa bayara de su marido, puesto que hubiera deseado verla intacta y trabajada por todos nosotros, como ocurría con la bayara de nuestros primos, los Khurchid. Pero mi hermano mayor, Abdu, y los maridos de mis hermanas, decidieron de otro modo, y mi madre sólo podía llorar en silencio.

En lo que a mi concierne, me sentía feliz de contar con alguna tierra, de tener mi propio naranjal, por minúsculo que fuera. Producía hermosos frutos, que yo cuidaba y cultivaba con devoción, y que los ingleses, grandes comilones de naranjas, me pagaban a una piastra el centenar. Mi ambición era aumentar mi lote de tierra, y sólo cuando comprobé que sería imposible, di la razón a mi madre.

LOS NUEVOS

Los ingleses se hicieron más numerosos en la región. Habían establecido una guarnición junto al mar. La aldea estaba situada al otro lado de la línea férrea, en pleno

desierto, donde escaseaba enormemente el agua, pero nosotros guardábamos en grandes cisternas el agua de las lluvias. Llovía una o dos veces por año, pero resultaba suficiente para alimentar nuestros naranjales durante el resto del año. La aldea era pobre, su población poco numerosa, unas 15.000 almas. Ningún comercio importante se realizaba a excepción de la venta de naranjas, sandías y melones, algunos cereales y la pesca en el puerto. Pero gente nueva comenzó a llegar para comprarnos las naranjas a precios muy convenientes, destinándolas a la exportación. Estos recién llegados eran judíos que venían de Europa y de Rusia, y que los ingleses, según nos decían, alentaban a instalarse en el país, más al norte. Nunca vi a ninguno en Gaza, pero pasaban todos los días en tren que venía de Egipto, y podía verlos por las ventanas de los vagones. Especialmente había jóvenes y muy pocos viejos. Tenían la costumbre de cantar apenas el tren se detenía en la estación. Eran aires guerreros en una lengua que recordaba haber escuchado a los judíos de Jerusalén cuando, una vez al año, visitaba la Ciudad Santa y la mezquita de El Aksa. Parecía que, a su vez, venían a conquistar el país.

Me compraban mis naranjas que yo, instintivamente, vendía a un precio más alto, puesto que en definitiva se trataba de infieles. En cuanto a los ingleses, era diferente,

puesto que eran los dueños y también soldados, pero de todos modos terminé por venderles a precios más altos, como hacía todo el mundo. Pudimos hacer así algún dinero, y muy pronto reinó cierta prosperidad en toda la región.

Mi vida transcurría feliz. Cuidaba yo mismo la herencia de mi padre, y pasaba los momentos libres en el café de Amm Hassan El Tanbuli, cerca de la estación, donde a veces hacía de changador para los soldados ingleses con el objeto de ganar un poco más de dinero.

Un día, toda la aldea se enteró que una sangrienta batalla había tenido lugar entre los judíos recién llegados y los habitantes de Jaffa. Hubo numerosos muertos, y supe entonces que todos esos viajeros extranjeros, que venían por el tren desde Egipto, habían terminado ellos también, igual que los ingleses, por ocupar el país. Sin embargo, Gaza se había mantenido limpia de extranjeros. Un día, vinieron a decirnos que debíamos atacar a los viajeros. Cavilamos mucho tiempo, puesto que se trataba de buenos clientes y, además, los ingleses vigilaban. Yo prefería venderles mis naranjas, puesto que de otro modo se pudrirían sobre las plantas. Pero me vi obligado a hacer lo mismo que los otros, y lanzar piedras, cada tanto, sobre los trenes de Egipto cuando en los vagones se encontraban judíos. Comprendí entonces que algo

irremediable se había producido, y que mi futuro y el de los habitantes de Gaza había quedado marcado por ello.

LOS NAZIS

Estalló la segunda guerra mundial. Pero entre nosotros y los judíos ya hacía cuatro años que existía la guerra. Batallas sangrientas se desencadenaban, y nuestros hermanos sirios nos ayudaban, bajo las órdenes del gran patriota El Kaukadji. Se nos decía que los judíos se defendían muy bien. Estaban armados por los ingleses, y nuestro Gran Mufti Haj Amin El Husseini denunciaba vehementemente esta alianza entre los sionistas y la potencia mandataria. El mismo Haj Amin se hallaba desde hacía tiempo en guerra abierta con los ingleses, de modo que cuando estalló la guerra en 1939 entre éstos y la Alemania de Hitles, Haj Amin no dudó un segundo en unirse al campo enemigo, a fin de poder luchar mejor por la liberación futura de Palestina. Es lo que nos dijeron los emisarios de Haj cuando visitaron Gaza a fin de reclutar voluntarios en la lucha contra los sionistas.

Gaza suministró muy pocos voluntarios. Es necesario aclarar que estábamos muy alejados del centro de las luchas intestinas que debían realizar nuestros hermanos por culpa de judíos e ingleses. Yo continuaba cultivando mi bayara,

ya que por lo menos cada diez años era necesario arrancar los árboles viejos, plantar nuevos y esperar siete años antes que las plantas jóvenes dieran frutos. Mientras tanto era necesario vivir, y por eso acepté trabajar en el campamento de los ingleses. Con la guerra, el trabajo aumentó de un modo considerable. La idea de reclutar una brigada árabe palestinense fue descartada ante la hostilidad casi general de los habitantes del país. Por el contrario, los judíos se enrolaban en masa en las unidades inglesas. Para ellos se explicaba puesto que querían combatir contra Hitler, que los perseguía en Alemania y muchos países de Europa, mientras que nosotros guardábamos la esperanza de que los ejércitos hitleristas conquistaran la victoria y vinieran a liberar Oriente del yugo de ingleses y franceses. Además, no éramos los únicos que vivían con esta esperanza. También la alentaban nuestros hermanos irakeses, y todos juntos mirábamos hacia Berlin donde se encontraba nuestro gran Haj Amin El Husseini, héroe de la lucha por la independencia de la Palestina árabe y de todos los pueblos árabes.

DERROTAS INGLESAS

En el comienzo, una alegría enorme llenaba el corazón de los árabes. Los ejércitos hitleristas triunfaban en todos lados. Habían sido vistos en las puertas de

Alejandría y esperábamos de un momento a otro su entrada en Palestina. Los ingleses, derrotados, escapaban a Irak, y más lejos aún, a Irán. Un día, partió la guarnición de Gaza, dejando algunas cañoneras en el puerto, y presenciamos una larga procesión de trenes que venían de Egipto y transportaban civiles que se dirigían a Líbano y Siria en busca de refugio. Eran familias inglesas, judías y francesas que temían represalias por parte de los alemanes en caso que estos últimos ocuparan, como se preveía, el Egipto. La batalla se estaba desarrollando con toda intensidad en El Alamein. De ésta dependía, decía el Mujtar de Gaza, el fin de la guerra. Por todos lados estallaban motines. En Irak, Rashid El Kilani trató de expulsar a los ingleses, pero debió huir cuando fracasó su golpe de estado. Los alemanes le dieron refugio entre ellos, y entonces dirigió, junto con Haj Amin y numerosos colaboradores árabes, el frente de la resistencia para la próxima liberación de los pueblos árabes. Todas las tardes, el Mujtar, Si Hassan Abu Eguella, reunía en el café del puerto a sus amigos y numerosos habitantes, para darles a conocer las últimas noticias sobre el curso de la guerra. Escuchaba clandestinamente la radio de Berlin y las emisiones en lengua árabe de Haj Amin El Husseini y otros locutores, y es de este modo cómo nos enterábamos de las derrotas de los ejércitos aliados, tanto

en Europa como en Rusia y sobre el frente libio y egipcio.

Ganaba muy bien trabajando al servicio de los ingleses. Me compraban en el acto toda mi cosecha de naranjas, igual que a los otros habitantes de la aldea. Pero la alegría me había abandonado. Tenía la impresión de trabajar encadenado. Comencé a abandonar mi bayara, y cada día me producía menos. Veía con terror el momento en que debería arrancar todos los árboles enfermos y comenzar nuevamente desde cero. Hacia veinticinco años —desde 1914— que nuestro país sufría, casi en forma permanente, los horrores de la guerra y de la contienda civil. No había conocido un solo año tranquilo. Sabía que nuestro pueblo sufría; uno de mis hermanos había sido muerto en una emboscada cerca de Jaifa, a manos de los judíos o de los ingleses, nunca lo supimos, y una atmósfera de violencia nos envolvía, aunque teníamos la suerte de estar muy alejados del centro de los conflictos.

DE 1945 A 1948

La guerra mundial se alargaba. Los alemanes no pudieron entrar en Alejandría, contra todo lo previsto. El Mujtar estaba visiblemente irritado. Una mañana, vimos detenerse en la estación los trenes de Palestina que llevaban a Egipto las familias que habían huido. Comprendí entonces

que seguramente nunca veríamos llegar a los alemanes que debían liberarnos. La guarnición inglesa de Gaza, reforzada con australianos y soldados negros, volvió a ocupar el campamento abandonado y me dije que la mejor solución era reiniciar el trabajo a su servicio (ya que lo había dejado en cierto momento) y ocuparme más seriamente de mi bayara.

Y es así que un buen día del año 1945 nos enteramos de la muerte de Hitler y la derrota de los ejércitos alemanes, y que los soldados judíos del ejército inglés regresaban a Palestina, orgullosos de haber tomado parte en la victoria aliada, especialmente sobre los frentes de Libia e Italia.

Poco después, la lucha, una lucha feroz, que todos recordamos aún, estalló entre judíos e ingleses. Esta vez terminó con la partida de éstos de Palestina, la creación del estado judío y la guerra con los estados árabes en 1948.

El resultado de la guerra israelí-árabe fue, para nosotros, desastroso. Sobre todo, lo fue para los desgraciados habitantes de la ciudad de Gaza, para las 15.000 personas que ya vivían bastante mal sobre esa pequeña franja de tierra costera, montada sobre la árida frontera del Sinaí, y cuya subsistencia se debía especialmente a la presencia de las tropas inglesas.

Nada puedo decir de la guerra de 1978. No soy político ni estratega. Únicamente se que de un día al otro los habitantes árabes de Gaza vimos afluir a la ciudad miles

de hermanos refugiados, huyendo de la guerra, a quienes los egipcios, en los momentos culminantes de la contienda, recibieron con los brazos abiertos, y que luego abandonaron en la forma escandalosa que voy a relatar.

Soy árabe, y estoy orgulloso de serlo. Nuestro Mujtar, hombre ilustrado y distinguido, tenía por costumbre relatarnos, a la caída de la tarde, los hechos célebres de nuestros antepasados, desde los tiempos más remotos: la bravura de un Abu Zeid El Hilali, la magnificencia y sabiduría de Harun Al Raschid, los conocimientos vastos y hermosos de nuestros narradores, de nuestros matemáticos, de nuestros trovadores y filósofos, todos conocidos por los sabios occidentales y el mundo entero.

En Gaza, pequeña ciudad perdida en el sur de Palestina, nos sentíamos felices de vivir a la sombra de nuestros naranjales, cerca de nuestro pequeño puerto, entre los nuestros, y de un día para otro toda nuestra existencia quedó trastornada, reducida a la miseria más indescriptible, nuestros bienes perdidos, nuestra familia diseminada, nuestra existencia nacional reducida a la nada.

LOS REFUGIADOS

Doscientos cincuenta mil refugiados se acumularon en Gaza, aunque sus quince mil habitantes apenas

alcanzaban a subvenir a sus necesidades. Unos encima de los otros, sin cuidados higiénicos de ninguna especie numerosos refugiados, mujeres y niños, encontraron la muerte, una muerte terrible sobre esta franja de suelo convertida, por los rigores del destino, en una región infernal. Los egipcios, durante los primeros días, prometieron todas las maravillas a los refugiados. Prometieron trabajo, un estatuto legal que implicaba la nacionalidad egipcia, y todos los refugiados, tomando estas promesas como dinero contante, soportaron sus penas y desgracias con estoicismo.

Es necesario decir, en verdad, que estas promesas tuvieron un principio de ejecución. Numerosos refugiados, ex propietarios de la tierra, comerciantes —esos que entre nosotros llamamos efendis— obtuvieron autorización para viajar a El Cairo o Alejandría, instalarse allí con sus familias y entrar en contacto con comerciantes y negocios, contaban con cuentas en los bien "seleccionados". Formaban parte de ese pequeño grupo de privilegiados que pudo llevar consigo ya sea oro o dinero inglés o palestinense, o que, a causa de sus negocios, contaban con cuentas en los bancos egipcios. En torno a estas autorizaciones, la propaganda egipcia, bien orquestada, hizo creer a los estados árabes y a los mismos refugiados, a los miles que seguían viviendo en

el fango, la sed y el hambre de Gaza, que el gobierno egipcio tomó sus casos seriamente en consideración. A este efecto, se creó en el Ministerio de la Guerra un departamento especial para la región de Gaza, bajo control egipcio. Se nombró en primer lugar a un general, bajo el pretexto que aún nos encontrábamos en guerra con los judíos y que el ejército egipcio se hallaba acantonado en la zona. Este general tenía su cuartel central en El Cairo. Creo que en total una sola vez estuvo en Gaza, para entregar el cargo a su adjunto e instalar el cuartel general del ejército egipcio. Luego se enviaron a Gaza funcionarios del Ministerio de Finanzas egipcio. Estos funcionarios, en vez de ayudar a los refugiados, traficaron en forma vergonzosa a costa de ellos, haciendo dinero de cualquier modo: con los enfermos que debían admitirse en los "hospitales" —esas carpas infames que se atreven a llamar hospitales y donde los muertos se contaban por centenares todos los días—, con los heridos de la guerra, con las desgraciadas víctimas de la emigración. Traficaron también con el dinero suministrado por las Naciones Unidas para brindar ayuda a los refugiados. La U.N.R.R.W.A envió algunos delegados al lugar, pero estos delegados no podían vivir aquí porque no había hotel ni casa apropiada que les sirviera de albergue. Entregaron todo entonces a los funcionarios egipcios, que

se guardaron la mayor parte del dinero en sus bolsillos. En lugar de enviarnos víveres de El Cairo o de las provincias egipcias, el gobierno egipcio nos compraba toda la fruta que lográbamos cosechar, a precios de hambre impuestos por sus funcionarios.

LOS EGIPCIOS

Poco a poco, incluso los "refugiados privilegiados", que habían podido obtener la autorización para vivir en El Cairo o Alejandría, fueron devueltos a Gaza. Se olvidaron las promesas de concederles la ciudadanía egipcia. Se les negó autorización para trabajar en el territorio del país bajo el pretexto que había cierto índice de desocupación, y que estos refugiados podían ayudar mejor a sus hermanos viviendo en Gaza que en El Cairo o Alejandría.

Siete años han pasado sobre esta tragedia única en la historia de Oriente, y la suerte de los refugiados de Gaza no hacen más que empeorar. Gracias al trabajo de la U.N.R.R.W.A, gracias a los delegados sanitarios de las Naciones Unidas, se detuvo el alto índice de mortalidad, pero la condición en que se encuentran nuestros hermanos árabes es más lamentable que nunca. Viven en la más absoluta miseria, sin recursos, sin bienes, casi sin familia. Apenas comen lo suficiente para no reventar de hambre.

Las enfermedades y las pestes se extienden por todos lados. A pesar de los esfuerzos de los delegados sanitarios de la ONU, ¿qué puede esperarse si sobre una franja de tierra que a duras penas alcanzaba para alimentar a 15 mil personas, se apretujan ahora más de 250.000?

Nunca cesaron las manifestaciones populares contra la administración egipcia, pero la censura ha sabido ocultar siempre estas cosas. Una sola vez un diario egipcio se atrevió a hablar de la suerte lamentable de los refugiados de Gaza, pero este diario fue inmediatamente confiscado por las autoridades de El Cairo y su director llevado ante la justicia. Constantemente estallan rebeliones contra las autoridades egipcias, pero ningún diario quiere correr el riesgo de publicarlas.

Las mismas hermosas promesas nos fueron hechas apenas renunció al trono el ex rey Faruk y la revolución tomó el poder. Cuatro años han pasado desde que el Consejo de la Revolución dirige Egipto, y nuestra suerte es siempre la misma, si no peor. Los oficiales egipcios, toda la junta militar, y el coronel Gamal Abdel Nasser a la cabeza, saben decir hermosas palabras, amenazar a los judíos con el exterminio para devolvernos nuestra patria, anunciar a voz en cuello que los refugiados serán ayudados, repatriados a sus hogares lo quieran los judíos o no, pero no se trata más que de propaganda. Únicamente la política anima el espíritu de

los dirigentes egipcios hasta el punto que cuando algunos de nosotros —lo contó el Mujtar— que vivían en Jordania o el Líbano, fueron invitados por los judíos a regresar a Israel y tomar posesión de ciertos bienes transportables y del dinero que tenían en los bancos egipcios, jordanos y sirios hicieron un gran escándalo, acusándolos de traición y arrestando a los desgraciados que se atrevieron a recobrar una parte ínfima de sus pertenencias.

El escándalo no duró mucho. En Gaza, la población llegó a la desesperación. Y es así que cuando se produjo un incidente en la estación entre el ejército israelí y el ejército egipcio, que causó más de 40 muertos entre egipcios, la población, bajo el pretexto de realizar una manifestación contra los judíos y los delegados de la ONU, lo hizo en realidad contra las autoridades egipcias. Los locales de la ONU fueron arrasados y la bandera destrozada, pero la sede de la administración egipcia también fue apedreada, gritos hostiles fueron lanzados contra Egipto, y se rompieron los vidrios de las casas habitadas por egipcios. La población de Gaza y los refugiados están al borde del desastre. Un levantamiento puede estallar en cualquier momento. La vida ya no es soportable, sobre todo cuando cada uno sabe que la causa principal de esta desorganización recae sobre sobre Egipto y los funcionarios prevaricadores que instaló en nuestra región.

Al terminar esta narración, mientras mi corazón se conmueve y recuerdo con nostalgia los momentos felices que transcurrí cultivando mi naranjal, trabajando como changador en la estación o en el campamento del ejército británico, no puedo evitar un estallido de furia ante la suerte que nos impusieron nuestros propios hermanos árabes, esos hermanos árabes que utilizan nuestra miseria con un objeto de propaganda política y que nos dejan morir lentamente sin brindarnos su ayuda.

Y yo me digo: Que Dios los perdone, que Dios los perdone por todo el mal que nos hacen, consciente o inconscientemente, y del cual nosotros somos las inocentes y desgraciadas víctimas.

5079